

LUDWIG WITTGENSTEIN

TRACTATUS
LOGICO-
PHILOSOPHICUS

Versión e introducción de
Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera

Alianza Editorial

Título original: *Tractatus logico-philosophicus*

Primera edición en "Alianza Universidad": 1973

Primera edición en "Ensayo": 1999

Novena reimpresión: 2019

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Routledge & Kegan Paul, Ltd., Londres

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1973, 1975, 1979, 1980, 1981, 1984, 1985, 1987, 1989, 1991, 1992, 1993, 1994, 1995, 1997, 1999, 2000, 2001, 2002, 2009, 2014, 2015, 2017, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7936-5

Depósito legal: M. 5.192-2009

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Introducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera	i
Prólogo	11-13
<i>Logisch-philosophische Abhandlung</i>	14-196
<i>Tractatus logico-philosophicus</i>	15-197
Apéndice. Introducción de B. Russell al <i>Tractatus</i>	185
Índice alfabético	199

INTRODUCCIÓN

I

Que la historia editorial del *Tractatus logico-philosophicus* —título latino de resonancias spinozianas sugerido, a lo que parece, con ocasión de la primera edición inglesa de la *Abhandlung* wittgensteiniana, por G. E. Moore— muestra muchas más grietas y accidentes que la desde un principio elevada autoconsciencia de su autor, es cosa hoy ya más que suficientemente conocida. La progresiva edición de las cartas de Wittgenstein, hasta un límite documental perfectamente satisfactorio¹, y la minuciosa reconstrucción de la génesis del *Tractatus* publicada por G. H. von Wright a finales de los sesenta², junto con otros testimonios posibles, hablan largamente a favor de esa evidencia.

¹ Tras varias ediciones parciales, la editorial Suhrkamp ha publicado en un solo volumen las más importantes cartas de Wittgenstein a Russell, Moore, Keynes, Ramsey, Eccles, Engelmann y L. von Ficker. Cfr. L. W.: *Briefe*, Frankfurt, Suhrkamp, 1980.

² El trabajo de G. H. von Wright «La génesis del *Tractatus*» apareció en el volumen L. W.: *Briefe an Ludwig von Ficker*, Salzburg, Otto Müller Verlag, 1969. Posteriormente ha sido reproducido como «Introducción histórica» a la edición del *Prototractatus* editada por McGuinness, Nyberg y el propio von Wright en Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971. La última versión, revisada y ampliada, aparece en el libro del mismo autor: *Wittgenstein*, Oxford, Basil Blackwell, 1982, pp. 63-109.

La consciencia wittgensteiniana del valor de su obra y de las dificultades que, a un tiempo, iba a procurar su comprensión, fue, en efecto, siempre muy alta. Parece obligado citar en este contexto el conocido paso del *Prólogo*: «La verdad de los pensamientos aquí comunicados me parece intocable y definitiva...» Pero ahí está también lo que manifestaba a su amigo Russell desde el campo de internamiento de Monte Cassino al anunciarle la existencia y finalización, en agosto de 1918, de un libro en el que venían a culminar largos años de trabajos preparatorios³:

«He escrito un libro titulado *Logisch-Philosophische Abhandlung*, que contiene todo mi trabajo de los últimos seis años. Creo que he solucionado definitivamente nuestros problemas. Puede que esto suene arrogante, pero me resulta imposible no creerlo... De hecho, no lo entenderás sin una explicación previa, ya que está escrito en forma de observaciones harto cortas. (Esto significa, por supuesto, que *nadie* lo comprenderá; a pesar de que creo que todo él es claro como el cristal. Echa por tierra, sin embargo, toda nuestra teoría de la verdad, de las clases, de los números y todo el resto.) Lo publicaré tan pronto como regrese a casa»⁴.

Y ahí está también, *velis nolis*, la curiosa imagen del Wittgenstein subteniente, con su manuscrito en el frente, en la mochila de campaña⁵, o paseándolo consigo por el campo de Monte Cassino⁶. Habla entonces de él como de «la obra de mi vida» y no duda en subrayar, como hemos visto, su valor culminatorio de largos años de trabajo. «¡Resulta amargo» —escribe a Russell en junio de 1919— «te-

³ Entre estos trabajos preparatorios hay que citar los *Tagebücher* escritos entre 1914 y 1917, las «Notas sobre lógica» de 1913, las «Notas dictadas a G. E. Moore en Noruega» de 1914, y la propia versión inicial del *Tractatus*, con elucidaciones y adiciones, publicada en 1971 con el título de *Prototractatus* (*vid. sup.*) y que von Wright encontró en Viena en 1965.

⁴ *Briefe*, pp. 85 y 251 (13 de marzo de 1919).

⁵ Cfr. N. Malcolm, *L. W. A. Memoir*, London, Oxford Univ. Press, 1966, pp. 8, 42.

⁶ *Briefe*, pp. 85, 87.

ner que arrastrar en el cautiverio la obra terminada y ver cómo el absurdo reina ahí fuera!»⁷.

Las circunstancias externas de la composición del libro, ultimado materialmente en el frente, pueden, ciertamente, ayudar a comprender la en ocasiones subrayada premura de su estilo y la estilización formal, hasta extremos paradigmáticos, de su contenido. De todos modos, en mayo de 1915, entregado desde hacía meses a las tareas bélicas, Wittgenstein advertía ya a Russell de un cambio en sus maneras intelectuales, de por sí lacónicas y graves, como demuestran los escritos anteriores a esta época: «Los problemas se vuelven cada vez más lapidarios y generales...»⁸ Su propia explicación del asunto iba, por lo demás, en una dirección bien concreta: «Sabes qué difícil me resulta escribir sobre lógica. Esta es la razón de que mi libro sea tan corto y, consecuentemente, tan oscuro. Pero no puedo hacer nada por evitarlo»⁹. Lo único que hizo en este sentido fue señalarlo con una peculiar notación decimal que, por estos motivos, llegó a considerar imprescindible¹⁰.

Con el tiempo, sus temores a la poca comprensión que encontraría su obra, por su condición excepcional o por esta (obligada) oscuridad, hija de la intensidad y el laconismo, irían extendiéndose, como es sabido, a su entera actividad intelectual, hablada o escrita. A propósito del *Tractatus* eran, desde luego, absolutos: «¡Es... amargo pensar que nadie lo entenderá aunque se publique!»¹¹. *Nadie*: ni siquiera su amigo Russell, con quien tanto discutió de estos temas y del que, sin duda, aprendió¹². Tampoco Frege, ciertamen-

⁷ *Ibid.*, p. 87.

⁸ *Ibid.*, p. 72.

⁹ *Ibid.*, pp. 88 y 252 (carta a Russell del 19 de agosto de 1919).

¹⁰ *Ibid.*, p. 103.

¹¹ *Ibid.*, p. 87; cfr. pp. 87, 94, 99-100.

¹² Llevado de una inicial inclinación a la ingeniería aeronáutica, Wittgenstein cursó estudios, entre 1906 y 1908, en el Instituto Politécnico de Berlín, trasladándose seguidamente —con igual objeto— a la Universidad de Manchester. Comenzó aquí a interesarse de modo creciente por los fundamentos de la matemática, lo que le llevó —a la vez que leía a Frege— a Cambridge, donde profesaba a la sazón Bertrand Russell, famoso ya como el primer lógico y filósofo

te¹³. No digamos, pues, ya los académicos al uso: «Presentar un trabajo filosófico a un catedrático de filosofía es como echar margaritas...»¹⁴.

Los primeros en no comprenderle fueron, en cualquier caso, los editores. Wittgenstein ofreció primero su obra, a finales del verano de 1918, a la editorial vienesa Jahoda & Siegel. Ante el nulo éxito de esta iniciativa —en la que algún papel jugaron también Karl Kraus y Adolf Loos—, Wittgenstein, definitivamente licenciado ya del Ejército el 26 de agosto de 1919, se dirigió, una vez en Viena, a Wilhelm Braumüller, el editor de su admirado Otto Weininger. Para razonar su solicitud de edición del *Tractatus* pidió a Russell un informe técnico, que éste no dudó en enviar rápidamente a Braumüller, sin conseguirse, de todos modos, con ello otra cosa que una contrapropuesta de edición de la obra con todos los gastos a cuenta del propio Wittgenstein. No optando por esta solución —«Escribirlo ha sido asunto *mío*; asunto del mundo es ahora aceptarlo por la vía usual»¹⁵—, Wittgenstein pasó a proponer su publicación a Ludwig von Ficker, el editor de *Der Brenner*. Tampoco esta vez tuvo éxito.

Durante su encuentro con Russell en Holanda entre el 13 y el 20 de diciembre de 1919, en el que discutieron «línea a línea» el manuscrito del *Tractatus*, y ante la manifiesta imposibilidad de encontrar editor para él en Austria o Alemania, lo que causaba singular perturbación a Wittgenstein¹⁶, Russell hizo saber a éste su interés por tradu-

de la matemática de Inglaterra. Wittgenstein permaneció en Cambridge, en cuya Universidad llegaría él mismo a profesar un día, entre 1911 y 1913. Sobre el encuentro entre Russell y Wittgenstein, *vid.* Russell, B.: *Autobiografía*, 1914-1944, vol. 2, México, D. F., Aguilar, 1975, pp. 148 ss.

¹³ El 6 de octubre de 1919 escribe a Russell: «Mantengo relación epistolar con Frege. No entiende una palabra de mi trabajo y ya estoy completamente agotado por tantas aclaraciones» (*Ibid.*, p. 93).

¹⁴ *Ibid.*, pp. 99-100; cfr. p. 94.

¹⁵ *Ibid.*, p. 95 (carta a von Ficker a mediados de octubre de 1919).

¹⁶ El 27 de noviembre de 1919 escribía a Russell: «Han comenzado de nuevo las dificultades con mi libro. ¿Recuerdas cómo me presionabas siempre

cirlo él mismo al inglés, anteponiéndole una introducción propia. Wittgenstein, que acababa de fracasar una vez más en este sentido con Frege¹⁷, vio abrirse así una posibilidad nueva. Y no sólo de cara al mundo editorial inglés. Siguiendo una sugerencia de su amigo Engelmann procedió, en efecto, a ofrecer la publicación del libro, con la prometida introducción de Russell, a la prestigiosa editorial Reclam de Leipzig.

Entre las razones de la debatida introducción de Russell juegan, pues, un papel no menor las de orden *editorial*. No otra cosa se desprende, cuanto menos, de la siguiente carta a su frustrado editor von Ficker, fechada el 28 de diciembre de 1919:

«Anteayer regresé de Holanda, donde me reuní con el profesor Russell con el fin de comentar mi libro con él. En el caso de que no pueda editarlo en Austria o en Alemania, Russell hará que me lo editen en Inglaterra. (Se propone traducirlo.) La cosa está, pues, planteada en los siguientes términos: Russell quiere escribir una introducción a mi tratado y yo me he declarado de acuerdo. Esta introducción ocupará casi la mitad del espacio que alcanza el propio tratado y explicará sus puntos más oscuros. Con ella el libro constituirá un riesgo mucho menor para cualquier editor, o no será riesgo alguno, dado que el nombre de Russell es muy conocido y, en consecuencia, asegura a mi tratado cierto número de lectores»¹⁸.

Wittgenstein esperó impacientemente la introducción de Russell, como se desprende de sus reclamaciones en cartas del 19 de enero y 19 de marzo de 1920¹⁹. La introducción llegó por fin y el 9 de abril Wittgenstein acusaba recibo a Russell en términos de moderada disconformidad, pero sin introducir cambios en sus planes editoriales:

para que publicara algo? Y ahora que desco hacerlo, la cosa no sale. ¡Que el diablo se lo lleve!» (*Ibid.*, p. 100).

¹⁷ De acuerdo con un testimonio indirecto y posterior de Heinrich Scholz, Wittgenstein debió rogar a Frege por estas fechas que gestionara la publicación de su tratado en los *Beiträge zur Philosophie der deutschen Idealismus*, revista con cuyo editor mantenía relación el lógico alemán. El propio Frege había publicado en ella, en 1919, su trabajo «Der Gedanke». La gestión no dio resultado.

¹⁸ *Briefe*, p. 105.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 107 y 109.

«Muchas gracias por tu manuscrito. Hay muchas cosas en él con las que no estoy totalmente de acuerdo, tanto cuando me criticas como cuando tratas sencillamente de dilucidar mi punto de vista. Pero esto no importa. El futuro nos juzgará, o quizá no; y si permanece en silencio, esto también será un juicio.—La introducción está en curso de traducción y luego irá al editor junto con el tratado. ¡Espero que los acepte!»²⁰.

El 5 de mayo de ese mismo año la disconformidad asumía ya, en cambio, proporciones en absoluto irrelevantes para el destino final del proyecto:

«Ahora te enfadarás conmigo cuando te cuente algo: no se va a imprimir tu introducción y, en consecuencia, probablemente tampoco se imprima mi libro. Cuando tuve ante mí la traducción alemana de la introducción, no pude decidirme a dejar que la imprimieran junto con mi obra. Todo el refinamiento de tu estilo inglés se perdió, obviamente, en la traducción, y no quedó más que superficialidad e incompreensión. Envié el tratado con tu introducción a Reclam y le escribí diciéndole que no quería que se imprimiese la introducción, sino que ella sólo debía servir para que se formara un juicio sobre mi obra. Como resultado de esto, es sumamente probable que Reclam no acepte mi obra (aunque todavía no he recibido respuesta alguna de él)»²¹.

Reclam rechazó, efectivamente, el *Tractatus*, y Wittgenstein decidió desinteresarse totalmente de su publicación. Así, el 8 de julio de 1920 Wittgenstein, que había decidido trabajar como ayudante de jardinero durante todo aquel verano en un convento próximo a Viena, escribía de nuevo a Russell:

«Reclam no ha aceptado mi libro y renuncio a hacer más gestiones para verlo impreso. Ahora bien, si tienes algún interés en que lo editen, está totalmente a tu disposición: *puedes hacer con él lo que quieras*»²².

Russell no dudó, ciertamente, en aceptar el singular encargo. Ofreció inicialmente el *Tractatus*, a través de Miss

²⁰ *Ibid.*, pp. 109-110.

²¹ *Ibid.*, pp. 110-111.

²² *Ibid.*, pp. 113.

Wrinch, a Cambridge University Press, que lo rechazó el 14 de enero de 1921. La editorial Kegan Paul se mostró, en cambio, dispuesta a publicarlo. Y bajo su sello salió, en efecto, en 1922, en edición bilingüe y con la introducción de Russell. De la versión inglesa se ocupó C. K. Ogden, ayudado por F. P. Ramsey. Wittgenstein no se sintió tampoco excesivamente satisfecho con la versión de Ogden²³, que fue sustituida (en la edición del *Tractatus* de Routledge and Kegan Paul del año 1961) por una nueva —y, sin duda, superior— versión de D. F. Pears y B. F. McGuinness.

Pero Russell no limitó sus actuaciones al mundo editorial inglés. De él partió también, en efecto, la iniciativa de proponer a Wilhelm Ostwald, editor de los *Annalen der Naturphilosophie*, la publicación del *Tractatus*, en la versión original alemana, en su revista. Ostwald aceptó el proyecto y el texto wittgensteiniano vio la luz, junto con la traducción alemana de la introducción de Russell, en el cuaderno 14 de los *Annalen*, en 1921. Sólo que, aun habiendo manifestado en noviembre de ese mismo año a Russell su moderada complacencia —a pesar de las reservas que le inspiraba Ostwald— ante la idea de ver impreso el *Tractatus* en los *Annalen*²⁴, una vez ante la edición Wittgenstein, a la sazón entregado a su oficio de maestro de primera enseñanza en Trattenbach, no dudó en considerarla como «pirata»²⁵.

II

Pero ¿de qué trata esta obra cuya incomprensión temía Wittgenstein tanto y en la que no dudaba en percibir un

²³ Cfr. L. W.: *Letters to C. K. Ogden*, Oxford, Blackwell, 1973.

²⁴ El 28 de noviembre de 1921 escribía, en efecto, Wittgenstein a Russell: «Sinceramente, me alegra que se publique mi cosa. Aunque Ostwald sea un archicharlatán. ¡Con tal de que no la mutile! ¿Corriges tú las pruebas? En tal caso sé amable y cuida de que se imprima tal y como yo lo he escrito. Creo que Ostwald es capaz de modificar el trabajo a su gusto, p. ej., de acuerdo con su estúpida ortografía. Lo que realmente me gustaría es que la cosa saliera en Inglaterra» (*ibid.*, pp. 122-123).

²⁵ Cfr. la carta a Engelmann de 5 de agosto de 1922, en la que se lamenta de las «muchas faltas» de la edición de Ostwald (*ibid.*, p. 123).

sistema (no sólo ya un tratado) lógico-filosófico prácticamente definitivo? ²⁶. Todavía un cuarto de siglo más tarde, en su llamada segunda época, seguía considerándola como la única alternativa global posible a su nuevo filosofar ²⁷ y, desde luego, el trasfondo ineludible para toda posible comprensión del mismo ²⁸... Recordemos, por nuestra parte, las palabras del prólogo:

«Cabría acaso resumir el sentido entero del libro en las palabras: lo que siquiera puede ser dicho, puede ser dicho claramente; y de lo que no se puede hablar hay que callar. El libro quiere, pues, trazar un límite al pensar o, más bien, no al pensar, sino a la expresión de los pensamientos... el límite sólo podrá ser trazado en el lenguaje, y lo que reside más allá del límite será simplemente absurdo.»

En este mismo sentido, y desde una perspectiva complementaria, ya en abril de 1917, en plena elaboración del *Tractatus*, daba cuerpo expresivo, en carta a su amigo Paul Engelmann, a esta creencia suya fundamental:

«Nada se pierde por no esforzarse en expresar lo inexpresable. ¡Lo inexpresable, más bien, está *contenido* —inexpresablemente— en lo expresado!» ²⁹.

En agosto de 1919 escribe, por otra parte, a Russell sobre el contenido de lo que entonces era «su manuscrito»:

«Me temo que no has comprendido mi aseveración fundamental, respecto a la cual todo el asunto de las proposiciones lógicas es mero corolario. El punto fundamental es la teoría de lo que puede ser expresado (*gesagt*) mediante proposiciones —esto es, mediante el lenguaje— (y, lo que es lo mismo, lo que puede ser pensado) y lo que no puede ser expresado mediante proposiciones, sino sólo mostrado (*gezeigt*); creo que esto es el problema cardinal de la filosofía» ³⁰.

²⁶ En octubre de 1919 escribe a von Ficker sobre su manuscrito: «Se trata, con toda propiedad, de la exposición de un sistema» (*Briefe*, p. 94).

²⁷ Cfr. N. Malcolm, *op. cit.*, p. 69.

²⁸ Cfr. Prólogo a las *Philosophische Untersuchungen*.

²⁹ *Briefe*, p. 78.

³⁰ *Ibid.*, pp. 88 y 252.

Las cosas están claras, pues, desde el punto de vista del autor. Con mayor aceramiento abunda en ello en carta algo posterior a von Ficker, en pleno proceso de negociación de una eventual publicación de su obra en *Der Brenner*:

«Y quizá le sirva de ayuda que le escriba unas cuantas palabras sobre mi libro: Creo firmemente que no sacaré Ud. demasiado de su lectura. Pues no lo comprenderá; la materia le resultará completamente extraña. En realidad no le es extraña, porque el sentido del libro es ético. Quise en tiempos poner en el prólogo una frase que no aparece de hecho en él, pero que se la escribo a Ud. ahora, porque quizá le sirva de clave: Quise escribir, en efecto, que mi obra se compone de dos partes: de la que aquí aparece, y de todo aquello que *no* he escrito. Y precisamente esta segunda parte es la importante. Mi libro, en efecto, delimita por dentro lo ético, por así decirlo; y estoy convencido de que, *estrictamente*, SOLO puede delimitarse así. Creo, en una palabra, que todo aquello sobre lo que *muchos* hoy *parlotean* lo he puesto en evidencia yo en mi libro guardando silencio sobre ello. Y por eso, si no me equivoco, el libro dirá mucho de lo que Ud. mismo quiere decir, pero quizá Ud. no vea que está dicho en él. Le aconsejaría ahora leer el *prólogo* y el *final*, puesto que son ellos los que expresan con mayor inmediatez el sentido»³¹.

De creer, pues, a Wittgenstein, la cuestión de lo decible y lo indecible —o de lo decible y lo mostrable— y su delimitación precisa sería la inquietud fundamental de donde surgió el *Tractatus*. Y esto es, de hecho, el punto capital del análisis que el libro hace de la lógica de nuestro lenguaje, de cuya mala comprensión —y sólo de ella— surgen todos los problemas filosóficos, meramente lingüísticos siempre, que en un lenguaje analizado desaparecerían por sí mismos (4.003). De lo que se puede hablar se puede hablar claramente, y de lo que no se puede hablar hay que callar dejando plena autonomía a la muda expresividad del silencio —o a la del propio lenguaje en su nivel mostrativo—. En ambos casos no se plantea ya cuestión filosófica alguna, simplemente porque las cosas están claras. Y eso es todo lo que se pretende: clarificar el lenguaje y/o el pensamiento mediante la diluci-

³¹ *Ibid.*, pp. 96-97.

dación y delimitación de lo decible/indecible en vistas a la (di)solución de los problemas filosóficos. Las mismas citas anteriores manifiestan, sin embargo, que este propósito delimitador ofrece dos perspectivas diferentes, dependiendo de si lo mostrable —o lo indecible— se muestra hablando —de otra cosa— o se muestra en silencio. El *Tractatus* posibilita ambos puntos de vista, pero es cuestión oscura si de hecho están presentes en él ³².

Sin introducirnos en cuestiones disputadas —que no parece el objeto oportuno de estas simples notas—, de creer a Wittgenstein, nuevamente, la inquietud teórica fundamental de la que surge el *Tractatus* es la de deslindar *en el len-*

³² Una cosa sería, en efecto, la mostración lógica (mediante el lenguaje) y otra la mostración mística (sin lenguaje alguno). Las proposiciones de la lógica, por el hecho precisamente de que son tautologías —por el hecho de que no dicen nada—, muestran la lógica esencial del mundo y del lenguaje (6.12), común a ambos, que posibilita y fundamenta toda relación figurativo-descriptiva entre ellos. A estos niveles lógicos fundantes ninguna proposición o figura, en general, puede decir o figurar nada de sí misma (2.172, 4.041). Aunque hable de otra cosa, el lenguaje, a estos niveles, muestra esa estructura lógica común al mundo que posibilita su decir algo; de modo que, esencialmente (lógicamente), todo decir es un mostrar; todo lo que se dice, porque se muestra se dice: «La proposición muestra lo que dice» (4.461, 4.022). Estas relaciones íntimas entre decir y mostrar, sin embargo, no se dan en lo místico (ético, estético, religioso), que no tiene soporte lógico alguno, ni lingüístico ni mundano. Lo místico se muestra, simplemente, en la desaparición de todo lenguaje y mundo lógicamente ordenados; es sentimiento e intuición puros —*sub specie aeterni*— del *que* del mundo (de *que* el mundo siquiera sea —lo que sea—) o del mundo como *todo*: «Existe, ciertamente, lo indecible. Ello se muestra, es lo místico» (6.522, 6.44 ss.).

Habría, pues, una mostración intrínseca al lenguaje, y otra extrínseca. La primera pertenece por derecho propio al mismo ámbito del lenguaje y del mundo, y a su lógica. La segunda no; ella misma, como sentimiento o intuición, está más allá del lenguaje y de su lógica; y su objeto, más allá del mundo y de su lógica —la misma que la del lenguaje. La primera está contenida de algún modo en el lenguaje (carta citada a Engelmann) o se realiza de algún modo mediante él (carta citada a Russell). La segunda sólo se patentiza en el silencio (carta citada a Ficker); pero ¿cómo? ¿en el silencio absoluto del puro sentir e intuir sin condicionamientos lógicos de lenguaje o mundo? ¿o en el vacío, también, que deja el hablar de otras cosas o que aparece al hablar de otras cosas? (6.52)... Es asunto oscuro todo esto, decíamos, no tanto en sí mismo como en el discurso del *Tractatus*. Wittgenstein lo dejó inaclarado, en esa ambigüedad que manifiestan, también, modélicamente las citas traídas.

guaje —y sólo en él— aquello de lo que se puede hablar de aquello de lo que no se puede hablar (prólogo citado). Y ello supone, en principio, la doble perspectiva delimitadora a que nos referimos, aunque el análisis lógico del lenguaje se restrinja, como es natural, a una sola de sus vías: el ámbito único donde es posible. Así pues, dentro del lenguaje, e intrínseco a él, el análisis distingue entre proposición (con sentido) y proposición lógica (tautológica), o entre decir y mostrar en general: así el lenguaje (la lógica, el mundo) desarrolla su ámbito (el de la ciencia) y se circunscribe en sus límites de sentido (los de la ciencia). Y dentro del lenguaje también, pero hacia fuera, el análisis desplegado señala el límite entre el lenguaje mismo (la lógica, el mundo, la ciencia) y el silencio (lo místico): los límites —por fuera— del lenguaje son los límites —por dentro— del silencio. Aclarar, analizar esto, es la tarea filosófica: a ello se reduce, y en ello acaba, la filosofía (4.11-4.12). Lo primero tiene que ver directamente con las cavilaciones lógicas de Wittgenstein en torno a la proposición (*corpus* central y originario del *Tractatus*) y se justifica, pues, metodológicamente por sí mismo. Lo segundo representa derivaciones (místicas) del análisis lógico, sin duda lógicas también en principio, aunque *de facto* fueran imponiéndose al espíritu de Wittgenstein no sólo por desasosiegos estrictamente lógicos. Detengámonos un instante en ello.

A la muerte de Wittgenstein, Russell escribe en el *Obituary* de la revista *Mind*:

«En la época anterior a 1914 se ocupaba casi exclusivamente de lógica. Durante la primera guerra, o quizá inmediatamente antes, cambió su perspectiva y se convirtió más o menos en un místico, como puede apreciarse aquí y allí en el *Tractatus*»³³;

y esa misma impresión, pero más fuerte, había sacado en 1919, después de toda una semana de discusiones con él sobre el *Tractatus*. Aún desde La Haya, donde había tenido

³³ *Mind* LX, 239 (July 1951), p. 298.

lugar el encuentro como hemos visto, Russell escribe a Lady Ottoline Morrell:

«Ya había notado yo en su libro cierto asomo de misticismo, pero me quedé asombrado al comprobar que se había convertido por completo en un místico»³⁴.

Se debiera realmente, o no, este cambio a la lectura de los comentarios de Tolstoy al Evangelio³⁵, o a otras más generales de Kierkegaard, Silesius, James, como dice Russell en esa misma carta, lo cierto es que en la esquemática evocación de lo místico en el *Tractatus* (y en los *Tagebücher* de 1914-1916)³⁶, la consideración que Wittgenstein hace de ello resulta ya lógicamente coherente, y hasta necesaria, dentro del sistema pergeñado en el libro.

III

Una vez que hemos recordado ya esta autoconsciencia de Wittgenstein respecto al carácter, pretensiones e inspiración del *Tractatus*, intentemos describir las grandes líneas de contenido del libro. Lo haremos de dos modos: *genealógica* y *discursivamente*, esto es, desde la génesis de su problemática en la experiencia intelectual concreta de Wittgenstein, y desde la línea discursiva que de hecho presentan las páginas de la obra. En ambos casos no buscaremos exhaustividad sino concisión suma.

A

Genealógicamente, las cosas se presentan así:

1) El componente nuclear y originario es el análisis de la proposición o del lenguaje (3-6) y la aplicación de sus resultados al análisis, a su vez, de los lenguajes científicos: lógico, matemático, científico-natural (6.1-6.4), con un intermedio en el que expresa su idea de la función de la filosofía

³⁴ *Briefe*, p. 101.

³⁵ Cfr. *ibid.*, pp. 72-73.

³⁶ Como es sabido, el *Tractatus* recoge, directa o indirectamente, en sus páginas gran parte de esos *Tagebücher*. El trasfondo problemático es en ambos el mismo.

dentro de este sistema (4.11-4.12), idea que especificará metodológicamente al final del libro (6.53).

2) El análisis lógico que ha hecho del lenguaje (proposición), de su ámbito de sentido (ciencia) y de la propia actividad crítico-lingüística o lógico-analítica (filosofía) aboca ahora a una consideración del polo metafísico u ontológico del lenguaje: el mundo. Se trata, entonces, de analizar —lógicamente también— el mundo (1-2.1) y el intermediario epistemológico entre lenguaje y mundo: la figura (2.1-3), con un inciso —epistemológico también— sobre el pensamiento (3-3.1), que irá recogiendo después en momentos claves del análisis proposicional (3.2, 3.5, 4), así como dentro de su perspectiva general sobre la actividad filosófica (4.1121).

Tenemos, pues, hasta ahora un componente lógico y otro metafísico-epistemológico, junto con una caracterización general del quehacer filosófico. Con ello Wittgenstein hubiera cumplido ya su vieja idea de la filosofía:

«La filosofía... se compone de lógica y metafísica; la primera es la base. La epistemología es la filosofía de la psicología... La filosofía es la doctrina de la forma lógica de las proposiciones científicas»³⁷.

Pero, bien se achaque a preocupaciones del autor impuestas por circunstancias vitales, o a una derivación obvia —y metodológicamente necesaria— de su sistema analítico, lo cierto es que en el *Tractatus* aparece otro componente esencial.

3) El análisis del lenguaje y del mundo, en efecto, la lógica y la metafísica, llevan a Wittgenstein a evocar lo que está más allá —siendo limítrofe— de ambos: lo místico; sin tematizarlo, naturalmente, refiriéndose a ello sólo como posibilidad frustrada de un lenguaje inanalizado (absurdo metafísico tradicional) o como manifiesta imposibilidad

³⁷ *Notes on Logic* (1913), en *Schriften 1*, Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1969, pp. 186-225, p. 187.

—metodológicamente deducible— del análisis lógico del lenguaje (y del mundo). Este ha de servir, en definitiva, tanto o más que hasta ahora ha valido para desbrozar y abrir el ámbito científico, para salvaguardar y sellar (en los límites) la frontera inviolable de lo místico.

Así pues, Wittgenstein desarrolló un análisis lógico, desde el lenguaje, que aplica primero a éste y luego al mundo y a la mediación entre ellos. Una vez cerrado así su círculo, el análisis (el analista) toma conciencia de sus límites: esa conciencia de encierro es lo místico. Un componente lógico de base y dos lógicamente derivados (el metafísico-epistemológico y el místico), y en este orden genealógico, constituyen el *Tractatus*. Sus momentos teóricos cúlmenes, más tensos, suceden siempre al colocarse en el límite; las proposiciones que los expresan³⁸ emergen como hitos, testigos, del tortuoso, oculto, camino/caminar del libro.

B

Si describimos éste ahora *discursivamente*, esto es, siguiendo/persiguiendo sin más su difícil, pero efectiva, andadura o decurso, las cosas se presentan así:

- 1) Metafísica atomista y descriptiva del mundo (1-2.1).
 1. El mundo es todo lo que es el caso.
 2. Lo que es el caso, el hecho, es el darse efectivo de estados de cosas.

En primer lugar, en vistas al posterior análisis del lenguaje, Wittgenstein organiza el polo o supuesto metafísico de toda figuración, representación o descripción lingüística: el mundo. El mundo es la totalidad de los hechos y puede descomponerse en cada uno de ellos (como el lenguaje en

³⁸ Cfr., por ej., 1, 2.172, 4.0312, 4.114, 4.461, 4.466, 5.123, 5.471-5.473, 5.511, 5.542, 5.552, 5.6-6, 6.12, 6.124, 6.22, 6.34, 6.4-7. Recordemos, en general, para esta genealogía, aquella autoconfesión wittgensteiniana del 2-8-1916: «Sí, mi trabajo se ha extendido desde los fundamentos de la lógica a la esencia del mundo» (*Tagebücher*, en *Schriften* 1, *ibid.*, pp. 85-185, p. 172).

proposiciones) para su análisis. Los hechos son estados de cosas existentes, y los estados de cosas, conexiones o combinaciones, sin más, de cosas u objetos. En el lenguaje a los estados de cosas corresponden las proposiciones (y esto funda el sentido de éstas), y a las cosas los nombres (y esto funda el significado de éstos); la misma lógica de conexión preside a unos y a otros; de modo que así se funda toda relación figurativa, representativa o descriptiva entre lenguaje y mundo (4.0311). Esa correspondencia básica es algo meramente supuesto (6.124); no hay más justificación de ella, quizá, que la vieja armonía racionalista que preside Dios mismo (5.123), o que el sano sentido común que nos advierte que si el lenguaje no habla del mundo, ¿de qué va a hablar? (5.5521, 5.5542)³⁹, o que esa creencia radical inveterada en nuestra historia desde Parménides de que «algo lógico no puede ser sólo posible» (!) (2.0121). En convicciones como éstas, al parecer, se basa todo el sistema del *Tractatus*. (Todo sistema se basa en una serie de creencias, lo elocuente es saber cuáles y saberlo, a ser posible, desde el principio: en este sentido lo apuntamos aquí. El segundo Wittgenstein no admitirá siquiera —porque carece de sentido y de objeto— la cuestión del fundamento: todo son juegos de lenguaje. Ahora supone simplemente, y sobre supuestos levanta su constructo lógico: el objeto de la lógica es cualquier posibilidad, para la lógica los hechos son todas las posibilidades (2.0121); y la lógica, como decíamos, es la base de la filosofía, esto es, el fundamento de todo lenguaje y mundo analizados.)

³⁹ En este mismo sentido escribiré más tarde: «La obviedad del mundo se manifiesta precisamente en el hecho de que el lenguaje sólo le significa a él y sólo a él puede significar. En efecto, dado que el lenguaje recibe el modo de su significar sólo de su significado, del mundo, no puede imaginarse lenguaje alguno que no represente a este mundo» (*Philosophische Bemerkungen, Schriften 2, ibid.*, 1970, p. 80).

Ese sano sentido común supone asimismo, para completarse, que si el lenguaje no expresa también el pensamiento (del mundo) ¿qué va a expresar?, o, mejor, que si el pensamiento no es lo que expresa el lenguaje ¿qué va a ser? (5.542, 3.5, 4, 4.1121).

2) EPISTEMOLOGIA: teoría de la figura (2.1-3) y del pensamiento (3-3.1).

- 2.1. Nos hacemos figuras de los hechos.
3. La figura lógica de los hechos es el pensamiento.

Una vez descrito ontológicamente el mundo desde el análisis lógico se plantean las condiciones de posibilidad de su captación mental (y expresión lingüística). Esas condiciones —epistemológicas normalmente— remiten en el *Tractatus* a un hecho puramente lógico: el de la figuración. El mundo es figurado por el pensamiento (y el lenguaje); dicho con toda radicalidad: pensar (hablar) es figurar. Y figurar es representar en el espacio lógico los hechos del mundo (2.11)⁴⁰; y una figura: un modelo o patrón lógico de lo real (2.12), esto es, un modelo o patrón de posibilidad de mundo, una representación de un estado de cosas posible, cuya posibilidad ella misma (el pensamiento o el lenguaje) contiene (2.201-2.203). Todo el figurar estriba en que entre la figura y lo figurado, esto es, entre el pensamiento (lenguaje) y el mundo, hay algo en común, algo idéntico, que posibilite la figuración: buscarlo es la única tarea del análisis lógico y del *Tractatus* mismo. Eso idéntico o común no remite para nada a los intermediarios epistemológicos tradicionales (siempre metafísicos o psicólogos, o con ciertos resabios de ello,

⁴⁰ No entramos aquí en cuestiones como las que plantea modélicamente esta proposición y su contexto: la diferencia entre hecho (*Tatsache*) y estado de cosas (*Sachverhalt*, *Sachlage*), o entre mundo (*Welt*) y realidad (*Wirklichkeit*). Sin aducir para ello prolijas razones, diríamos: un hecho es un estado de cosas existente; un estado de cosas es una combinación de cosas que puede existir o no. Los estados de cosas, existentes o no, formarían la realidad (2.06) como ámbito lógico de posibilidad de mundos, por así decirlo; los hechos, esto es, los estados de cosas existentes, y el hecho de que sean todos (la categoría de totalidad es imprescindible al mundo para una descripción completa de él como *optimum* del análisis), formarían el mundo. *Sachlage*, que traducimos por estado de cosas igual que *Sachverhalt*, se usa como sinónimo de éste, quizá con un cierto matiz de generalidad y composición que éste no tiene: como si una *Sachlage* se compusiera, a su vez, de *Sachverhalten*.

en último término): se trata de una forma lógica, que es forma de la figuración y forma de la realidad a la vez (2.17, 2.18 y 2.2). Trátase, en efecto, de esa conformación o estructura⁴¹ lógica atomista que se ha encontrado ya en el análisis lógico-metafísico llevado a cabo en el mundo y que habrá de buscarse a continuación en el lenguaje; así es: el largo estudio subsecuente de la proposición (3.1-6.1) viene dominado por la idea de que la función primordial del lenguaje es figurar el mundo, aunque a primera vista no lo parezca; porque se trata, insistimos, de una figuración lógica (al estilo de la proyección matemática punto a punto: objetos de la realidad - elementos de la figura), no naturalista, y para comprenderla habrá que desvelar por el análisis (como se hizo con el mundo) la auténtica estructura lógica del lenguaje (la forma general de la proposición, posibilidad suya), encubierta por su forma cotidiana; y no extrañará, pues, que, una vez descubierta, se nos presente como esencia del lenguaje y esencia del mundo a la vez (5.4711).

¿Y el pensamiento? El pensamiento supone un paso intermedio entre mundo y lenguaje, difícil de analizar por la precariedad de su carácter de objeto y los riesgos de psicologismo que ello conlleva (5.54-5.55, 5.631, 4.1121), pero cuya existencia hay que presumir con la tradición. El pensamiento es la figura lógica de los hechos (3) más radical, no implicada aún supuestamente en los inevitables disfraces del lenguaje (4.002), sino intermediario figurativo esencial entre una realidad pensada («tal como nosotros la imaginamos», 4.01) y unos signos lingüísticos pensados (3.5), asimismo, que hace de éstos un modelo o una figura de aquélla. Pero esa supuesta objetualidad mediadora es inaprehensible al análisis —frente a los esfuerzos en este sentido de toda la tradición anterior—, a no ser en el lenguaje como manifestación sensoperceptiva suya (3.1). La cuestión epistemológica, la cuestión metafísica, en definitiva, deriva en la cuestión lingüística⁴². El pensamiento, así, sólo es definible en

⁴¹ La forma es siempre posibilidad de estructura (2.033).

⁴² Wittgenstein escribirá más tarde: «La armonía entre pensamiento y reali-